

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 4, 8-11.14-16a): *Cuando venga, se quedará allí.*

Salmo (88, 2-3.16-17.18-19): *«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»*

2ª lectura (Romanos 6, 3-4.8-11): *Quien vive, vive para Dios.*

Evangelio (Mateo 10, 37-42): *Un vaso de agua puede bastar.*

Quizás que con la rutina de la vida lo hayamos olvidado. Pero seguir a Cristo comporta desprendimiento, renunciando, contrastes y luchas. Jesús es “exigente”. Sus pretensiones son “totalitarias”. No admite “medias tintas” ni acepta soluciones de compromiso. Adherirse a Él implica la necesidad de realizar opciones decisivas, no ciertamente fáciles. No es posible seguirle sino cargando con la cruz.

Todavía hoy, en ciertos países, el testimonio valiente de la fe se paga con la persecución, a veces violenta, y la coherencia cristiana se pone brutalmente fuera de juego, te puede hacer perder el trabajo, te “califica” como huésped de un hospital, te puede acarrear prisión y hasta la muerte.

Levantar la voz contra los poderosos para defender a los pequeños, comporta la eventualidad de cárcel, torturas, asechanzas, riesgos para la vida y para el pan... cuando no la interrupción de la misa por una descarga de metrallera y el cuerpo agujereado.

«El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí, la encontrará». Tenemos que caer en la cuenta ante todo del significado y del valor de las palabras: *«encontrar la vida»* es ¿gozarla en términos de comodidad, gestionarla según nuestros intereses personales, organizarla según nuestros programas utilitaristas?, o sea, “reservarse”, tomar todas las precauciones, garantizarse seguridades desinteresarse de los demás. *«Perder la vida»*, por el contrario, significa **administrarla juiciosamente, curarla y defenderla**; pero también “jugársela” sin demasiados cálculos oportunistas. Arriesgar todo. Gastarse sin reservas. Darse apasionadamente. Estar dispuesto a perderlo todo (¡también el tipo!) por un valor auténtico.

Es inútil contarnos bobadas. La realización de sí mismo, según el evangelio, no es otra cosa que perderse. El negarse a sí mismo, no ser personaje, ponerse contra sí mismo, no entrar en esquemas prefabricados, renunciar a programarse según modelos homologados, ignorar los aplausos ajenos, perder los apoyos acostumbrados. Esta es la única forma de hablar de “*identidad cristiana*”. Se encuentra la propia identidad sólo quien no se preocupa de ella, quien no la busca, ni se la propone obsesiva y ostentadamente. O sea, si acepta dejársela dar, incrustarse dentro del otro, con la marca del fuego de la cruz.

Así, el envío misionero, que Jesús nos presenta con temibles lobos al acecho *«os mando como ovejas entre lobos»*, se cierra con un benéfico *«vaso de agua fresca»*. Me gusta mucho esta conclusión porque mitiga la impresión de severidad y de dureza de las palabras de Cristo, introduciendo una nota clara de humanidad.

Los lazos, que quizás se tengan que romper (incluso en el ámbito familiar) por la adhesión a Cristo y por las rigurosas exigencias de la misión, al final, se recomponen a través de la solidaridad expresada por “*un vaso de agua fresca*”.

El tema de la hospitalidad no es secundario en la liturgia de hoy: Acoger significa también, en cierto sentido, adherirse al mensaje misionero, tomar en consideración su propuesta. La hospitalidad ofrecida al “*profeta como profeta*” (primera lectura) resulta sin duda más difícil. Porque el profeta, igual que Cristo, nunca aparece demasiado recomendable según una cierta mentalidad: Es portador de una palabra tajante, distinta, desconcertante, que trastorna todos los equilibrios. La presencia de un profeta en casa está muy lejos de ser tranquilizadora.

El discípulo puede pedir y conseguir hospitalidad solamente si se presenta como pequeño, modesto, miserable, discreto, no entrometido, no un estorbo, no importante, no engreído ni presumido y pretencioso. El verdadero misionero no hace de turista ni busca una cómoda colocación a cuenta de otro. Entra de puntillas, preocupado de no ser peso para nadie. Se contenta con poco. Y está siempre preparado para salir al camino, porque el evangelio lo empuja hacia otra parte. Aunque gusta de la compañía, no duda en aceptar serenamente la soledad ligada estrechamente a su existencia itinerante.

Finalmente recordemos que el primero que práctico la hospitalidad con nosotros fue Cristo. El cual como nos recuerda Pablo en la segunda lectura, nos ha acogido en el bautismo permitiéndonos participar en su mismo destino (muerte y resurrección) mostrándonos el camino de una *«vida nueva»*, dejando atrás los expolios del mal antiguo. Si podemos considerarnos “*vivientes*”, si no estamos dispersos como desterrados, lo debemos a que Él nos ha hecho una señal para que entremos.

Ciertamente la salvación pasa a través de la cruz. Pero pasa también a través de un simple vaso de agua fresca.